

Aunque se logró que los norteamericanos hubiesen respetado el territorio ocupado por las fuerzas francesas, se temía que de un momento á otro hicieran alguna demostración agresiva, que podría producir un conflicto inmediato entre la gran República y la Francia, y este caso era precisamente el que Bazaine trataba de evitar á todo trance, ajustándose á las instrucciones que con empeño le había recomendado su gobierno. Se hacía necesario ante todo contener la revolución, siquiera en los departamentos cercanos á la capital y Bazaine creyó indispensable seguir este término medio y envió nuevos refuerzos para Michoacán.

Bazaine llamaba frecuentemente la atención de Maximiliano, acerca de los continuos pronunciamientos militares que amenazaban la existencia del ejército mexicano, explicándose esos hechos por la circunstancia de que muchas de las autoridades le traicionaban y "porque las fuerzas rurales estaban organizadas de tal manera, que parecían creadas con la sola idea de proporcionar recursos á los disidentes," "ante todo es necesario desembarazarse de los agentes infieles y asegurar, de preferencia, el sueldo de las tropas prefiriéndole á otros gastos que puedan presentarse." Estas recomendaciones del Mariscal, reconocían por causa los enormes gastos que erogaba Maximiliano en las obras de embellecimiento de la capital y en la residencia de Chapultepec, obras en que invertía sumas considerables que por la mala situación financiera requerían otro empleo adecuado á la situación.

Tales observaciones y la alarma que esparcían los acontecimientos que se verificaban dentro y fuera del país, causaron honda impresión en el ánimo de Maximiliano, al grado de que el 2 de Diciembre de 1865 escribía á Bazaine estas líneas que pintan el estado de la inquietud y las angustias que ya le agobiaban: "ha llegado el momento de gobernar y operar; espero vuestro concurso para darme informes acerca de los prefectos, comisarios imperiales y generales mexicanos." Apenas contaba la existencia del Imperio diez y ocho meses y ya se hacía indispensable obrar de una manera extraordinaria, y se conocía que se había perdido el tiempo. La correspondencia que Maximiliano seguía con el cuartel general estaba plagada de contradicciones; veía que los departamentos centrales se sublevaban, y que había necesidad de tropas para someter muchas partes del territorio en que se habían sufrido ya derrotas de consideración, y á la vez quería que se llevaran á cabo expediciones lejanas; insistía en que fuese desguarnecido el departamento de Oaxaca donde ya el general Porfirio Díaz revivía la lucha, y creía bastantes allá los 2,200 hombres organizados por el comisario Franco y que puestos á las órdenes del general Thun auxiliarían las expediciones á Tabasco y Tlapacoyan, pareciéndole aquella fuerza excesiva en el departamento de Oaxaca.

Estas circunstancias políticas motivaron que bajo tristes auspicios para el Imperio Mexicano, se inaugurara el año de 1866; brotaban defecciones por todas partes, aun en el mismo corazón del Imperio y recorría el soplo revolucionario toda la extensión del territorio nacional. Las Cortes francesa y mexicana no podían ocul-

tar ya la mala inteligencia que entre ellas existía, y no eran un secreto las arrogantes amenazas de los Estados Unidos, dando pábulo á las guerrillas, que posesionadas ya de varios Estados, aumentaban cada día; á las puertas de la capital se sublevó una fuerza en Pachuca; en Michoacán flameaba dominante la bandera revolucionaria; lo mismo en Tamaulipas que en Nuevo León, aceptábase la intervención del Norte y se buscaba el apoyo de la Gran República para obligar á las tropas europeas á reembarcarse.

Al rededor del trono de Maximiliano habían sembrado la discordia los contingentes extranjeros, surgiendo graves disgustos entre los oficiales de éstos y los mexicanos que rehusaban obedecerlos. Según el tratado de Miramar, cuando estuvieran reunidas tropas francesas y mexicanas, correspondía el mando al jefe francés, cualquiera que fuese su grado; pero en cuanto á los belgas y austriacos, venidos á sueldo que pagaba el Tesoro Mexicano, y en consecuencia, sometidos á las ordenanzas del país á cuyo servicio quedaban, no debía suceder lo mismo; en caso de movimientos combinados, los mexicanos tenían derecho á no recibir órdenes de austriacos, y belgas si eran de graduación inferior á la del que pretendían mandar. Además, los soldados belgas se quejaban de que habían sido engañados, pues se les había contratado en calidad de colonos armados para cultivar las tierras y defenderlas, y no como soldados permanentes; hubo muchos que acompañaron á sus protestas la desertión; los oficiales aseguraban que se les había traído como guardias de corps de la familia imperial, y no para combatir como guerrilleros en climas tan rigurosos; por esto la Emperatriz Carlota decía, que no se podía contar más que con los pantalones rojos, esto es, con las tropas francesas.

Constantemente acudían á Maximiliano con solicitudes los jefes mexicanos en campaña, para que se les remitiesen caballos y armas; el General Tomás Mejía manifestaba desde Matamoros, la imposibilidad de obligar á los soldados á cumplir con sus deberes si no se les pagaba el prest, y que el descontento era grande; pero Maximiliano tropezaba con la dificultad insuperable de negarse á Bazaine á que fuerzas francesas escoltasen el convoy de dinero con destino á aquel puerto, aconsejando que la remisión se hiciera por buques que sin cesar pasaban de Veracruz á Matamoros y ofrecían muchas facilidades en el trayecto, pues empleaban solamente sesenta horas, en tanto que por tierra tardaban varias semanas y era preciso desplegar fuerzas considerables, porque los caminos, principalmente desde San Luis y Monterrey, estaban infestados de guerrillas al mando de Cortina y Carbajal.

Al finalizar el mes de Enero volvió á escribir Napoleón III á Bazaine, manifestándole su última resolución de que se retiraran, las tropas expedicionarias, y dándole instrucciones acerca de lo que debía hacer si Maximiliano quería permanecer en México. «Las circunstancias, decía, más fuertes que mi voluntad, me obligan á evacuar á México; pero quiero dejar al Emperador Maximiliano todos los medios de sostenerse con sus propias fuerzas, y la legión extranjera.» Bazaine debía ejercer todo su celo y toda su inteligencia en organizar aquí algo

durable, con objeto de que los esfuerzos de la Francia no quedaran perdidos, y para ello se le daba un año, ó más bien dieciocho meses; además, se le dijo: «Si por casualidad el Emperador Maximiliano no tuviera la energía necesaria para permanecer en México, después que vengan de allá nuestras tropas, será necesario convocar una Junta, organizar un gobierno y determinar por vuestra influencia, la elección de un Presidente de la República cuyos poderes deberían durar de seis á diez años. Este gobierno debería comprometerse á pagar la mayor parte de los créditos franceses contra México.» Tal combinación quedaría como último recurso, pues aseguraba Napoleón III que su más vivo deseo era, que Maximiliano pudiera sostenerse.

Revelábase en esas instrucciones, la explosión del disgusto que ya hacía tiempo manifestaba el Emperador francés, creyendo que Maximiliano nada había hecho para que subsistiera su gobierno. Además, «*las circunstancias eran superiores á su voluntad*» y esto le hacía desesperar de su obra, despertar del ensueño de un imperio latino en el Nuevo Mundo y conocer que había sido engañado en su lejana empresa. Ahora calificaba á Maximiliano de incapaz para establecer un gobierno de una manera sólida y definitiva, siendo inútil insistir en un intento que habría de acabar en aborto.

Por otra parte, la opinión pública se mostraba en Francia cada día más opuesta á aquella aventura, y las cámaras rehusaban votar nuevos subsidios para tan impopular expedición.

La Europa sentía el advenimiento de una crisis y corrían amenazantes rumores de una guerra, para la cual se armaban la Prusia, el Austria y la Italia, y no le convenía á Francia, en tales circunstancias, sostener lejanos compromisos. Era inquietante la actitud de los Estados Unidos, y mucho más la perspectiva de la guerra con ellos por una empresa condenada de antemano; no valían los peligros de una lucha, la corona vacilante y la precaria autoridad de Maximiliano.

Bazaine quedaba representando un papel muy difícil, sus perplejidades eran muy grandes y mayores las responsabilidades que se creaba: ó consolidar á Maximiliano ó derribarlo, tal era el dilema que se le mandaba resolver. Para lo primero, ya no podía contar con las fuerzas que debían irse embarcando paulatinamente, y á las cuales no les era posible emprender expedición alguna que se opusiera al movimiento de retirada cuyo plazo estaba prefijado. Tampoco podía emplear la fuerza para derribar á Maximiliano, ¿cómo volverse contra el soberano que esa misma fuerza y ese mismo Mariscal habían levantado por la voluntad de su Emperador? La situación de Bazaine era semejante á la de todos los que tuvieron participio en este segundo Imperio mexicano: falsa é incierta, confusa y peligrosa.

De allí en adelante, tendría que ser mayor la tirantez en las relaciones entre el ministerio de Maximiliano y Bazaine. En efecto, se manifestó ese malestar á cada paso; el 9 de Febrero (1866), se quejaba el Mariscal de que el Minis-

tro de la Guerra, Sr. Peza, había dado órdenes á las guarniciones de Pátzcuaro, Acámbaro y Maravatío, para que se replegaran sobre Morelia y la defendieran á todo trance, y como estas disposiciones eran dadas sin consultar al comandante en jefe del ejército franco-mexicano, se elevó la queja hasta el Emperador.

Impacientábase más y más Napoleón III, al ver que el no reconocimiento de los Estados Unidos al Imperio de México, era el mayor obstáculo, si no á la consolidación de su obra, por lo menos al regreso de las tropas francesas. El ministro marqués de Montholón fué encargado de vencer la obstinación pasiva del gabinete de Washington, para lo cual se le autorizó á declarar, que no pondría Napoleón dificultad en arreglar el regreso de los franceses en un plazo razonable, cuyo término consentía en que se fijara.

Creíase en las Tullerías que sería aceptado el ofrecimiento, con tanta más razón cuanto que el general Logan rehusaba, al imponer condiciones inadmisibles, el puesto de Ministro Plenipotenciario cerca de Juárez, aceptado en seguida por Campbell. Las esperanzas fueron de corta duración, pues Seward contestó, que las bases para el arreglo de la retirada le parecían completamente impracticables. Este Ministro norteamericano estaba convencido de que el Gobierno francés, cansado por los sacrificios hechos para sostener un trono efímero y seguir una obra imposible, buscaba solamente un pretexto honroso para retirar sus tropas y poner fin á la Intervención. Ninguna necesidad tenía el gabinete de Washington, de comprometerse para obtener un resultado enteramente seguro, y en tal concepto, levantaba el tono de su lenguaje á medida que su contrario lo bajaba, gustando del papel de vencedor frente á la Francia que ya no quería luchar, sino retirarse.

Comunicó Napoleón III á Bazaine, en carta fechada el 15 de Enero (1866), «que las dificultades constantes que le suscitaba la expedición de México, le forzaban á señalar definitivamente la época de regreso de las tropas; que el más largo plazo que podía poner era el principio del año de 1867; enviaría al barón de Saillard para que se entendiese con Bazaine y con Maximiliano en la ejecución de esta medida; quería que la evacuación de México no comprometiera el poder de Maximiliano, para lo cual convenía afirmar sólidamente la legión extranjera y el Ejército mexicano.» Quedaba á este nuevo Emperador hacer frente á los gastos y en tal sentido le escribiría su colega francés. (1)

(1) En una conferencia tenida entre el Ministro Drouyn de L'Huys y el representante de los Estados Unidos, Mr. Bigelow, le manifestó éste que si Francia ó Maximiliano tenían algún medio indirecto de entenderse con Juárez acerca de la salida de los franceses del territorio mexicano, esto haría menos embarazosa la situación de los partidos que aquí luchaban con las armas en las manos. El Ministro francés expresó que no tenía modo de comunicarse con Juárez y pidió al americano un medio de poner en obra el pensamiento propuesto. Bigelow le indicó al Sr. Matías Romero, con quien el Gobierno de Washington guardaba buenas relaciones, el cual podría transmitir á Juárez las indicaciones respectivas. Drouyn de L'Huys ofreció hablar del asunto con su Emperador y dejó aplazado el medio que se le proponía; Napoleón creyó conveniente que su Ministro en Washington fuera el que entendiera en el arreglo de las dificultades nacidas de la Intervención francesa en México. Se negó entonces, que Napoleón hubiera queri-

Queriendo Maximiliano detener la marcha de los franceses contestó, sin mostrar rudeza, los reproches que le hizo Bazaine relativos á la infidelidad de algunas autoridades, y con tal motivo le escribía el 6 de Enero estos conceptos: "Espero que me mandaréis á vuelta de correo, los nombres de las autoridades que os parezcan infieles y que sea necesario destituir, porque quiero poner á vuestra disposición todos los medios que estén á mi alcance. Reemplazaré á estas autoridades." Acerca del pago de las tropas, le aseguraba que había dejado á un lado las mejoras más necesarias en el servicio civil, para consagrar todos los fondos exclusivamente al ejército que por sí solo absorbía las rentas del Estado. Poco después, el 10 de Enero, el Mariscal designó á tres funcionarios y á los Ministros entre las personas que no merecían su confianza. El Emperador le participó dos días después, que las tres personas citadas habían sido reemplazadas de su empleo y cambió el Ministerio el 5 de Marzo. Se le reprochaba á Maximiliano que no se apoyara exclusivamente en su partido, olvidando los franceses que esa fué la política aconsejada desde el principio por los generales expedicionarios.

Impelido Maximiliano por Bazaine, colocó al teniente coronel Lafon, recién llegado de Francia y recomendado por Napoleón III, á la cabeza de la gendarmería mexicana; compró seis mil carabinas que habían pertenecido á los separatistas y eran vendidas por los federales, y siguiendo sus trabajos de legislación, anunció que iba á dotar á México de un código civil. Consultaba con Bazaine acerca de las personas y de las decisiones que tomaría pasando por alto el parecer de sus ministros, y procuraba asociarlo en la responsabilidad del gobierno; pero aunque frecuentemente los consejos del comandante en jefe eran escuchados no siempre fueron seguidos.

Las innovaciones de la casa militar de Maximiliano eran tan repetidas, que disgustaron á Bazaine, quien no hizo un secreto de su parecer, llegando á colmo el disgusto cuando vió colocado al frente de la Sección militar, á un capitán por cuyo intermedio se correspondería el Emperador con el Mariscal, con el jefe del Estado Mayor y aún con los Ministros. En aquellos momentos de angustias, Maximiliano intentaba solamente sacar el mejor partido y aprovechar el tiempo en busca del apoyo que pudieran darle los soldados y el tesoro franceses, para salvar la corona, manifestando constantemente el deseo de que los franceses guardaran la línea del Norte y los puntos cercanos á los Estados Unidos, esto es, aquellos sitios en que pudiera haber choque con esa Nación; pero encontraba siempre á Bazaine en guardia contra tales pretensiones, con arreglo á las instrucciones enviadas de las Tullerías.

La insurrección contra el Imperio iba creciendo á tal grado, que todos los Estados del Norte y algunos del Interior y del Sur, habían vuelto á caer bajo el mando de los republicanos. Las poblaciones sabían que serían abandonadas

do intervenir en los negocios interiores de México, y se sostenía que el Imperio de Maximiliano era obra de la voluntad nacional, por lo cual Francia insistía en que los Estados Unidos reconocieran á Maximiliano, ó por lo menos se abstuvieran de intervenir en su contra.



*D. Manuel Pacheco.*

Secretario de la Legación que en Viena representó al Emperador Maximiliano. Esta Embajada se distinguió por su afán en el envío de voluntarios austríacos al servicio de México, para lo cual se firmó en la capital del Imperio austríaco, en Marzo de 1866, una Convención militar cuyo completo desarrollo impidió el gobierno de los Estados Unidos.